

libro que escribió para instrucción de las vírgenes (1), representa á María santísima al pié de la cruz reparando con sus ojos las sangrientas heridas de su Hijo, por medio de las cuales sabia que lograba el mundo su redencion : Y *estaba la piadosa madre*, dice, *con un ánimo nada indigno del sangriento espectáculo que miraba, pues no temia á los homicidas. Pendia en la cruz el Hijo, y la madre se ofrecia á los perseguidores, esperando si acaso con su muerte se podria añadir algo al público sacrificio; pero la pasión de Cristo no necesitó de quien la ayudase ó aumentase.* Estas palabras de san Ambrosio justifican el piadoso título que se suele dar á la Virgen de Corredentora del género humano, y son análogas á las insinuaciones de la Iglesia.

Con igual razon le atribuye esta una constancia y fortaleza en los trabajos, superior no solamente á la que manifestó Judith en su gloriosa empresa, sino tambien á la de todos los mártires, por lo cual la ensalza con el epiteto de Reina de los mártires : san Jerónimo mide la grandeza de sus dolores y tormentos por la grandeza de su amor ; y de aquí infiere que, habiendo amado María á su hijo Jesucristo mas que todos los mártires, debió padecer al pié de la cruz mas dolor que todos ellos. Por tanto, no duda san Anselmo decir en un sermón de la Asuncion, que cuanto padecieron los mártires en sus cuerpos por la crueldad de los tiranos, fué poco ó nada en comparación de lo que padeció María. Sin embargo, vemos á esta Señora al pié de la cruz, donde está espirando su Hijo, con una fortaleza portentosa. Lejos de ella los lamentos, lejos las acciones descompasadas con que manifiestan el exceso de su dolor las mujeres vulgares, siente lo que no es capaz de sentir una pura criatura ; pero al mismo tiempo se manifiesta en su semblante la invicta fortaleza que sostiene su

(1) Cap. 7.

corazon. Su voluntad está perfectamente resignada en las disposiciones del Eterno Padre, y así como su Hijo le obedece hasta sufrir la muerte de cruz, así tambien María junta su obediencia con la del Salvador del mundo, sufriendo su penoso martirio con una constancia digna de la Madre de Dios. Por eso dice san Ambrosio en la oracion fúnebre del emperador Valente : *Leo que María estaba de pié junto á la cruz de su Hijo, mas no leo que llorase.* Estas reflexiones son un motivo poderoso para que el cristiano adore la mano de Dios en todos sus trabajos, y los lleve con ánimo invencible.

El evangelio es del cap. 19 de san Juan.

In illo tempore : Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus Maria Cleophae, et Maria Magdalene. Cum vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suae : Mulier : Ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo : Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

En aquel tiempo : Estaban junto á la cruz de Jesus su madre, y la hermana de su madre, María Cleofas, y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesus á su madre, y al discípulo que amaba, que estaba de pié, dijo á su madre : Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo hé ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

MEDITACION.

SOBRE LOS FRUTOS QUE DEBEN CAUSAR EN EL CRISTIANO
LOS DOLORES DE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la contemplacion de los dolores de María es un antidoto sumamente provechoso contra todas las aficciones que se padecen en esta vida, y al mismo tiempo un motivo para esperar con mayor confianza en la divina misericordia.

Los dolores de María santísima bien considerados deben fortalecer el alma del cristiano, y llenarle de soberanos consuelos por mas que las aguas amargas de la tribulacion le hayan sumergido hasta el hondo. Porque, ¿qué trabajos pueden ser los tuyos, ó cristiano, que merezcan compararse con los de aquella Señora? ¿Te han usurpado la hacienda? á María santísima le quitaron su Hijo en donde estaban encerrados todos los inmensos tesoros de las riquezas divinas. ¿Han vulnerado tu honor, afeándole con imposturas, y ennegreciéndole con calumnias afrentosas? María santísima tiene á su Hijo, que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, por embaucador, por un hombre tan malo, que queria levantarse por rey; y llegó á tanto el vilipendio, que llegaron á posponerle al facineroso Barrabás. ¿Te han privado de tu pariente, de tu esposo, ó de tu hijo? María santísima se ve viuda, porque Jesucristo es el esposo de las vírgenes: le han quitado un hijo Dios de quien era verdadera madre, y con él le han quitado todos los bienes imaginables, pues todos se contienen en la naturaleza divina. ¿Padeces enfermedades, tienes tu cuerpo cubierto de llagas, te afligen la hambre, la sed, la pobreza y todos los dolores? María santísima se ve despreciada de todos, sin tener modo de aliviar la sed de su Hijo, ni darle sepultura, y su bendita alma está hecha el teatro mas lastimoso de cuantos inventó la crueldad, y del mas triste desamparo. Sin embargo de eso, María es inocentísima, y se conforma perfectamente con la voluntad de su Dios. ¿Quién eres tú, pues, que pretendes tener mejor suerte, y mayores privilegios que esta Señora? ¿qué temeridad es la tuya cuando pretendes eximirte de los trabajos de esta vida con una conducta llena de delitos? ¿No será mas razonable pensamiento el llenar tu corazon de una santa tranquilidad y consuelo,

considerando en los trabajos que Dios te trata como trató á su misma Madre? A mas de que, en esto mismo puedes asegurar una dulce esperanza de las eternas recompensas. El mismo Dios tiene dicho, *que no será coronado sino el que hubiese peleado con fortaleza*. El sufrimiento de los trabajos de esta vida es la lucha á que está prometida la palma y la victoria. Por otra parte, el haber padecido tanto la Madre de tu Dios, te asegura de que en sus dolores tienes un caudal con que pagar tus deudas, y un repuesto de merecimientos en que afianzar tus esperanzas. María inocentísima, y sin la mas leve mancha de pecado, á imitacion de su Hijo, no padeció para sí, sino para beneficio del linaje humano. Ensancha, pues, ese corazon, y conoce que en los dolores de María tienes todo tu consuelo, y en donde colocar la esperanza de conseguir la vida eterna.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el Espíritu Santo mismo aconseja la continuacion en contemplar los dolores de María, proponiendo al mismo tiempo los grandes provechos de que serán participantes los que se empleen en tan santo ejercicio.

En la sagrada Escritura se dice: *No olvides los gemidos y dolores de tu madre, para que se perfecciona en ti la gracia y la bendicion*. Esta continuacion en las buenas obras es poco menos que esencial para percibir todo el fruto que ofrecen ellas por sí mismas; pero en los dolores de María se hace enteramente necesaria. Porque, ¿de qué servirá ver padecer á esta Señora en lo mas íntimo de su alma, y que su dolor excite nuestra compasion, si á manera del vuelo de las aves, y del curso del bajel, apenas deja en nuestro corazon unas pequeñas señales de haber existido? ¿de qué sirve traer á la memoria en un día

del año que María, aquella Señora inocentísima, que es madre de Dios, aquella Señora que estaba llena de dones del Espíritu Santo, y jamás admitió en su alma la mas lijera mancha, padece por nosotros los mas graves dolores que pueden ser padecidos por pura criatura? ¿qué provecho sacaremos de los oportunos intentos de la Iglesia, que celebra los dolores con el fin de que nos acordemos tambien de los de Jesucristo? Se hace, pues, indispensable la continuacion en contemplar una materia de donde nos debe resultar tanto provecho. Porque, no hemos de pensar que el aconsejarnos el Espíritu Santo la continuacion y constancia en contemplar las penas de nuestra madre dolorosa, tenga por objeto que estemos siempre tristes y llorosos, exhalando ayes y suspiros. No hemos de creer que es para que nos sequemos de amargura, ni nos ocupen mas afectos que el llanto y el dolor. Mayores provechos nos advierte, para mayores intereses nos excita: para que se perfeccione en nosotros, dice, la propiciacion, la misericordia y perdon de Dios, y tenga en nosotros entero cumplimiento la bendicion y la gracia.

¿De qué utilidades tan grandes y ciertas será poseedor el que siguiere contemplando los dolores de nuestra madre y reina María santísima! Todos cuantos buenos pensamientos haya causado en el alma, todos se conservarán con facilidad: le servirá de un antidoto seguro, dice san Bernardino de Sena, y de un preservativo casi cierto para no pecar: esta contemplacion hará un prodigioso aumento en él de todas las virtudes, dice san Anselmo: *El flaco cobrará alientos, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia, y el perfecto gloria.* Viendo á María padecer, ¿quién rehusará los ejercicios penosos de la vida cristiana? ¿quién no tendrá los ayunos por hartura,

las penitencias por alivio, las enfermedades por regalo, los trabajos de la vida humana por beneficios, las lágrimas por consuelo, y la abstraccion y mortificación por gusto, dulzura y contento? Viendo padecer á María, ¿quién habrá que retraiga el hombro de la cruz de Jesucristo? ¿quién no estará contento con su suerte y su estado por penoso que sea? ¿quién no adorará una mano invisible en sus infortunios? ¿quién no abrirá el pecho para que se derramen en él los cálices amargos de las tribulaciones con que prueba Dios á sus elegidos? Amas de que, María santísima lo agradece, y no es como nosotros, que dejamos el agradecimiento en mera pasion del alma, sino que le explica con muchos y muy singulares beneficios, y cuida de que su santísimo Hijo nos mire con especial cariño. La contemplacion, en fin, de los dolores de aquella dulce Señora, nos preserva del pecado, conserva la gracia, y nos asegura la bienaventuranza eterna.

JACULATORIAS.

Cui comparabo te, virgo filia Sion? Cui assimilabo te?
Thren. cap. 2.

¿A quién te compararé, ó Virgen hija de Sion? ¿En quién podré encontrar tormento que iguale á tus dolores?

Magna est velut mare contritio tua. Thren. cap. 2.

Tus penas y angustias han llegado á una grandeza tan excesiva, que se me representan mayores que el mar.

PROPOSITOS.

Una de las consideraciones mas frecuentes que nos propone nuestra madre la Iglesia es la de los dolores de María santísima. En todas las iglesias se hacen devotos novenarios con este fin piadoso: los sagrados oradores se esfuerzan en sus discursos en proponer los dolores de María pintados con los mas vivos colo-

res que les pueden sugerir su zelo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazón. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasajero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento serio y tierno del corazón, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que estragan sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa, no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia ajena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien inconmutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una explicacion indeliberada de lo vivo y sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y á este fin nos propone la contem-

placion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalem cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorad*, les dijo, *sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco!* Si María santísima, siendo Madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno; ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA QUINCE.

SAN AICHARDO, ABAD DE JUMIEGES.

San Aichardo, á quien mas comunmente se le llama san Achardo, fué de una de las mas nobles familias del Poitou. Su padre Anscario se distinguió mucho en los ejércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre Ermena aun era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazón tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que dejaron poco que hacer á la educacion estas bellas inclinaciones naturales. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso